

El rescate de *Natural y figura*, un figurón republicano de José Tomás de Cuéllar

Rescue of *Natural and Figure*, a Republican figurine by José Tomás de Cuéllar

FELIPE REYES PALACIOS
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM
freyes@unam.mx

El texto que aquí presentamos de *Natural y figura* o *El ranchero de Irapuato*, de José Tomás de Cuéllar, proviene de un lote de materiales del archivo de Armando de María y Campos (1897-1967) que fue comprado por el Centro de Estudios Literarios de la UNAM a raíz de su fallecimiento.¹ La fuente de nuestro rescate consiste en una copia mecanográfica de 40 cuartillas numeradas (más la portada), cuyos tipos muy bastos y desgastados indican haber sido escrita en una máquina de la primera mitad del siglo pasado. La portada reza al pie de la letra: “EL RANCHERO DE IRAPUATO/ Comedia de costumbres. Escrita en magníficos versos en/ dos actos por el poeta mexicano/ DON JOSÉ T. DE CUÉLLAR/. -1868-.”

De modo que la primera cuestión que nos plantea esta copia es el porqué del desplazamiento del título. Decimos desplazamiento, y no cambio, ya que *El ranchero de Irapuato* es en todo caso el subtítulo que se le dio a la comedia *Natural y figura*, siguiendo la inveterada costumbre, heredada del teatro español, de asignarle un subtítulo o título alternativo a las obras de teatro para promoverlas y hacerlas familiares entre los espectadores, iniciativa debida a los empresarios o a los redactores de los periódicos. Por lo demás, para 1868 ya se había dado el caso, en el teatro mexicano, de un antecedente paronímico: *Don Bonifacio* o *El ranchero de Aguascalientes*, de Manuel Eduardo de Gorostiza; los protagonistas de dichas obras tendían así a convertirse en personajes proverbiales.

¹ Otro lote de dicho archivo fue adquirido por el Centro de Investigación Teatral “Rodolfo Usigli” (CITRU), y pasó a constituir parte importante de su acervo documental, según consta en el “Archivo Virtual Armando de María y Campos”, en línea.

En segundo término, la susodicha portada, como se puede apreciar, exhibe los rasgos formales de una carátula editorial auténtica, exaltando la identidad nacional y el mérito de su autor, más el año de una supuesta publicación, aunque sin el dato de un impresor. Pero resulta que se ha afirmado redondamente que dicha edición nunca existió.

En efecto, dentro del mismo fólder en que llegó la copia en cuestión aparecieron tres recortes de artículos periodísticos dedicados a José Tomás de Cuéllar. En el texto del que está firmado por Jesús Zavala² se asevera, después de enlistar las obras dramáticas de Cuéllar, que “con excepción de *Deberes y sacrificios* [1856], ninguna de las referidas obras se imprimió” (1). De haber sido así, todo ello sugiere que la copia del Centro de Estudios Literarios pudo haberse realizado a partir de un manuscrito destinado a la publicación, aunque ésta no haya tenido efecto. En abono de esta posibilidad se añade el hecho de que, al pie de la portada, después de la lista de personajes, y refiriéndose a la época de la acción, se repite el mismo año: 1868, dato con el que se actualizaría, en la publicación, la fecha de su estreno, que en realidad fue 1866, dos años antes. Si la obra pudo representarse varias veces en pleno Imperio, acabado éste su publicación no tropezaría con la censura.

Pasando a la lectura de la comedia nos encontramos con otra anomalía: no obstante lo que dice la portada, está escrita en prosa, y no en verso. Esta *copiada en prosa*, diríamos mejor, ya que el ritmo que impone su lectura indica a las claras que su forma original era el verso. ¡Desatinada idea la de operar semejante transformación en perjuicio de un autor! Por respeto a la memoria de un difunto no nos atrevemos siquiera a pensar que tal responsabilidad pudo haber corrido a cargo de un cronista y coleccionista muy respetado en su tiempo como De María y Campos. De la lectura completa concluimos que se trata de una copia descuidada, con un número crecido de erratas obvias y algunas omisiones probables. Suponemos

² Dicho texto abarca sendos fragmentos de dos páginas de un periódico sin identificación. De índole enciclopédica, incluye datos biográficos precisos, referencias igualmente puntuales a algunas de las obras dramáticas de Cuéllar (fechas y lugares de estreno, compañías dramáticas, actores, breves apreciaciones críticas), así como a su producción novelística, de lo cual se colegiría haber sido escrita por un conocedor, aunque esta observación habrá que matizarla después. Es posterior a 1933, ya que menciona la bibliografía publicada ese año por Francisco Monterde.

hipotéticamente que fue resultado de un encargo realizado en condiciones no adecuadas y por una persona no versada en cuestiones literarias.

Copia descuidada sí, pero no mutilada, hasta donde es posible observar. Se nos presentaba de esa manera —al doctor José Quiñones Melgoza y a quien esto escribe— la posibilidad de realizar una restauración métrica, hecha con todo rigor, de una de las obras dramáticas de Cuéllar extraviadas,³ para sumarla a la otra de la que sí existe ya una edición moderna, el melodrama *Deberes y sacrificios*. La posibilidad siempre presente de dar con el original —manuscrito o impreso— vendría a poner en evidencia hasta qué punto acertamos y en qué nos equivocamos, así como a precisar el desempeño del copista.

Acerca de esta obra, Jesús Zavala apuntó:

Natural y figura es una sátira, en dos actos, contra los imitadores de las costumbres francesas. Se representó por primera vez —en plena intervención francesa— el 29 de mayo de 1866. Fue acogida con entusiasmo. La Asociación Gregoriana [del Colegio de San Gregorio, donde él estudió] obsequió a Cuéllar —como homenaje— una pluma de oro (1).⁴

Sátira o comedia de costumbres, como es anunciada en la portada, *Natural y figura* continúa todavía, después de más de dos siglos, la tradición de la llamada comedia de figurón, de origen barroco, aunque transformada por su evolución.

³ Además de *Deberes y sacrificios*, Francisco Monterde enlistó seis obras: *Azares de una venganza*, *Arte de amar*, *Natural y figura*, *Un viaje a Oriente*, *Redención* y *Cubrir las apariencias* (Monterde: 109). A ellas Jesús Zavala añadió *El viejecito Chacón*, *¡Qué lástima de muchachos!* y *Pastorela* (Zavala: 2); de ésta, otra fuente da como título completo: *Charada pastoril propuesta por medio de un idilio en acción*. Monterde agregó que la obra que nos ocupa fue “representada varias veces por la compañía del actor [Eduardo] González, en la época del llamado Imperio” (109).

⁴ Acerca de la supuesta fecha de estreno mencionada, es de considerar que Luis Reyes de la Maza y su fuente la refieren a un *homenaje* que se le hizo a Cuéllar, y no al estreno de la comedia (150). Así entonces, Belem Clark de Lara, autora de una amplia relación acerca de la producción dramática de Facundo, documenta el 7 de marzo de 1866 como fecha de su estreno, seguido de al menos seis exitosas funciones más y su posterior prohibición por las autoridades imperiales. A mediados de 1867 se hizo todavía una representación más, dedicada a Benito Juárez (Clark: 23-29). El de Jesús Zavala es, pues, un dato erróneo.

Una de las acepciones del término *figura*, según anota Sebastián de Covarrubias en 1611, estuvo asociada en sus orígenes al ámbito teatral, refiriéndose a los tipos de personajes que solían aparecer en una representación escénica, como lo eran el rey, el pastor, la dama y la criada, el señor y el siervo, etcétera. De ahí pasó al medio social, ya que, por extensión, “cuando encontramos con algún hombre de humor y extravagante, decimos del que es linda *figura*” (Covarrubias, s. v.). La variante *figurón* está documentada, quizá por primera vez, en *El comisario de figuras*, de Alonso de Castillo Solórzano en 1631 (Lanot: 133).

De modo que el tío José María, “hablador sempiterno”, “fanático por las antiguas costumbres”, que se vale de “chistes imprudentes”, en el medio social habría sido una “linda figura”, y en el ámbito teatral sería considerado francamente como un figurón, aunque evolucionado.

Los estudios acerca del figurón se han desarrollado ampliamente en las últimas décadas y han establecido, por una parte, que la comedia de figurón avanzó al parejo con el entremés, retroalimentándose,⁵ a tal grado que la presentación sucesiva de varios figurones que era característica del entremés llegó a trasladarse a cada uno de los tres actos de una comedia, en circunstancias distintas; esquema que puede advertirse en *Lo que son mujeres* (ca. 1642), de Francisco de Rojas y Zorrilla, y en la mexicana *Todos contra el Payo y el Payo contra todos* o *La visita del Payo en el hospital de locos* (s. f.), atribuida a José Joaquín Fernández de Lizardi (Reyes Palacios).

Pero en *Natural y figura* no se da el caso de un desfile de figurones, por más que en el clímax de cada uno de sus dos actos, la familia de afrancesados pretenciosos enseñe el cobre, mostrando su ignorancia y su sencilla sociabilidad provinciana; al final del primer acto, en una ridícula escena colectiva casi de cine mudo (o mejor, como de farsa francesa), y al final del segundo, con el desastre en que termina una comida que debería haber sido *comme il faut*.

Ésta ha sido la otra ruta que siguieron los estudios acerca del figurón hispánico, señalando el contraste grotesco entre el seductor y armonioso

⁵ Para Jean-Raymond Lanot, no se trata de la conversión histórica de un género menor en uno mayor, sino de una retroalimentación de motivos cómicos, del uso de “un fondo cultural y social común”, “un arsenal risible contemporáneo” (134).

mundo de la comedia de enredo, con su aire gozoso y sus idealizados caballeros y damas, y en franca oposición, la apariencia estrambótica y la conducta extravagante de quienes no se adaptaban a las maneras de la corte madrileña (Serralta). Entre otros tipos que fueron frecuentes en el segundo grupo se encontraba el de los montañeses, quienes hacían ostentación de su añeja nobleza y se comportaban en la corte del mismo modo que lo harían en la aldea, según explica Salvador García Castañeda:

Su sinceridad y rudeza de siempre son ahora grosería, su frugalidad miseria, su falta de tacto con las damas barbarie, su ignorancia tontería [...] en general aparece como un tipo risible, celoso y colérico, finchado y pretencioso, mísero y obstinado, bruto y grosero (90 y 95).

Tal era la imagen del figurón montañés durante el periodo barroco. Pero a la vuelta del siglo XIX, como consecuencia del predominio teórico del neoclasicismo y sus afanes didáctico-moralizadores, así como por la influencia del entorno burgués en desarrollo, el figurón montañés se transforma y se convierte en un “hombre de pro”, según ha demostrado García Castañeda. En las tres comedias que su estudio considera, se verá a estos figurones transformados desempeñándose como personas sensatas, prácticas, morigeradas... y, además, ahora son ricos y desconfiados.

Uno de esos casos, que sí fue conocido en México en la época republicana, es el de don Anselmo, el tío santanderino de don Dieguito, en la comedia homónima (estr. 1820; en México, 1825) del hispano-mexicano Manuel Eduardo de Gorostiza. Recién llegado a Madrid, y estando todavía don Anselmo en traje de camino, el primer cortesano que lo ve se secretea burlonamente con don Dieguito:

¿De qué tapiz se arrancó
la figura que allí está?
[...] Por vida mía
que es espantosa visión;
¡qué chupa! ¡qué casacón!
Mullidor de cofradía
cuando menos será el tal (Gorostiza: I, II).

Así su presentación, a la manera barroca. Pero al cabo de veinticuatro horas terminará siendo un personaje triunfador. Percatándose en seguida de que tanto la novia de don Dieguito como sus padres sólo pretenden conseguirle a ella una boda ventajosa, aunque en el fondo lo desprecien por su origen, el tío los engaña a todos con algunos cambios repentinos en su conducta, que incluyen el mostrarse supuestamente interesado él mismo en la muchacha, para provocar el desengaño de don Dieguito y su consiguiente enmienda. Por todo lo cual el subtítulo o título alternativo que mereció esta comedia en los anuncios presentaba a don Anselmo como *El montañés astuto*.

El tío Juan José de *Natural y figura* desciende en línea recta de estos ancestros teatrales.⁶ Ya no es un montañés a la española, sino un próspero ranchero que con su dedicación al trabajo ha doblado ya diez veces sus rentas; presume por ello de franqueza con el dinero en sus diversiones sanas y hasta cultas, a diferencia de los catrines que, además de ser mezquinos, afectan indiferencia en los teatros hacia los artistas (nótese la crítica al público teatral de la Ciudad de México); sigue siendo rudo, pero se ampara en su sinceridad para arrogarse el derecho de corregir conductas; no sólo es tradicionalista, y por ello nacionalista a su modo (rayano en el machismo), sino que esta vez, en pleno Imperio, abiertamente se declara republicano. Aquí tenemos, en conclusión, a un figurón republicano.

La familia de rancheros de quienes es pariente cercano, residente ya en su convivencia el cambio económico-social por el que transitan, viviendo desde hace una decena de años en la capital:

JOSÉ. Sí, supe allá que heredaste
por tu mujer algún pico;
pero el maldito dinero
les ha trastornado el juicio
y ya te dejas mandar
por este par de pollitos (l, x).

Escenario familiar semejante al de la *Ensalada de pollos* (1869), con dos plumíferos jóvenes que, en nombre del progreso europeizante, reniegan

⁶ Las otras obras de que se ocupa García Castañeda son *La familia a la moda* (1805), de María Rosa Gálvez, y *Un año después de la boda* (1826) de Antonio Gil y Zárate.

de la educación que sus padres intentan darles, siendo éstos, al cabo, quienes terminan alucinados por el “talento” de los hijos, como cándidamente lo asegura don Cándido en *Natural y figura*, y como también lo acepta la doña Lola de la *Ensalada*:

Antes —exclamaba—, los hijos eran dóciles, porque creían saber menos que sus padres, pero hoy tengo que capitular con la ilustración de mis hijos, éstos no reciben de mí más que lo que les conviene, y hasta se atreven a reprenderme cuando procuro corregirlos. Efectivamente algunas veces me han persuadido con sus buenas razones, porque eso sí, mis hijos tienen mucho talento (20).⁷

La diferencia que hay entre los dos pares de “pollos” de las familias respectivas es de grado. Mientras que los de *Natural y figura* ya son burgueses y ahora aspiran a ascender más en la escala social, gracias a un buen “pico” de herencia que sus padres han recibido, los humildes plumíferos de la *Ensalada* apenas están ingresando al trato con la burguesía, sedientos de placeres y ávidos de comodidades, aunque a cada paso que den se aproximen a su perdición. Los identifica a unos con otros su afrancesamiento, puesto que una de las causas determinantes del aumento de los pollos en la Ciudad de México era —según lo explica Cuéllar en la “monografía del pollo” puesta en forma de cartilla— “el torrente invasor de la prostitución parisiense” (40).

Uno de los temas centrales en ambas obras es, pues, la preocupación de Cuéllar por la educación de la juventud, preocupación que compartió con Altamirano, lo mismo que su confianza en las posibilidades educativas y moralizadoras de la literatura, orientadas a tal objetivo. De modo que las

⁷ No se me escapa que este fragmento proviene de una edición posterior a la primera; pero siendo equivalentes, podría sustituirse con este otro de la edición de 1869: “Concha y Pedrito se avergonzaban de la incuria de sus padres, prueba inequívoca del adelanto de la civilización. / Eran dos seres regenerados por el torrente de las costumbres europeas, y se emancipaban en cuerpo y alma de las costumbres de familia. Se civilizaban. Eran dos pollos que tiraban el cascarón y lo pisoteaban. / Subían un escalón de la escala social, hacían su entrada en la clase media, aspiraban al confort, los seducían las modas, y como se empeñaban en no aprender los vejesterios que les enseñaba doña Lola, se reían cuando ésta les enseñaba a rezar. / Doña Lola llegó a convencerse de que sus hijos sabían más que ella, y permitió que se cambiaran los papeles” (Cuéllar: 22).

razones que expone el tío Juan José en la escena XI del acto primero (y que luego amplía al final del segundo), para preguntarle a don Cándido si su hijo se conformará con ser “cajonero o empleado”, volverán a aparecer en la *Ensalada*, esta vez en el discurso directo de Cuéllar:

La juventud se refugia en las oficinas o detrás de los mostradores, y se encanija a la sombra de la molicie, se llena de vicios antes de adquirir ni fuerzas físicas ni morales, y luego se exhibe, pulcramente ataviada, como una muestra de degeneración y de raquitismo (92).

Estos personajes comunes a ambas obras, o al menos muy cercanos entre sí, comparten necesariamente los puntos de diversión neurálgicos del espacio ciudadano de la segunda mitad del siglo XIX. Por razones de economía dramática, los presuntuosos pollos de *Natural y figura* no deambulan por dichos puntos a la vista del espectador, porque ello hubiera exigido los escenarios múltiples que sí tiene a su disposición el novelista; pero los tienen en mente todo el tiempo y los invocan a la menor provocación, presumiendo que todas las mañanas, o después de comer, toman la copa en la pastelería de Plaisant o en el café de Fulcheri, sin olvidar mencionar el Tívoli del Elíseo. Del café de Fulcheri consta en la *Ensalada* que no era un lugar muy anodino; bajo su cobijo tienen lugar los primeros escauceos eróticos de la desgraciada Concha.

Por las semejanzas descritas, y teniendo en cuenta la cronología de ambas obras, estamos convencidos de que en *Natural y figura* alientan ya tres de los primeros especímenes de la plumífera especie que poblará las páginas de *Ensalada de pollos* tres años después.

Ubicados en la cronología, nos percatamos también de que la ida de Cuéllar a San Luis Potosí, a principios de 1868, fue una circunstancia que pudo haber influido, de alguna manera, para que el autor no llevara a cabo la publicación de *Natural y figura*.

Si a pesar de las semejanzas señaladas y la continuidad discursiva perceptible en la producción de Cuéllar, se tuviera duda de que los dos títulos que hemos registrado correspondan a la misma obra, la propia versión mecanográfica lo corrobora. En su portada se da el caso del desplazamiento del título original por el alternativo (*El ranchero de Irapuato*), pero la moraleja que propone en su última escena (al igual que todas las comedias

moralizadoras) se refiere connotativamente al mismo personaje, quien habla de sí mismo: “Mi padre allá me enseñó, / que al natural y figura..., / pues, hasta la sepultura”.

En la edición que presentamos seguimos la norma del respeto casi absoluto al texto que manejamos, excepto en los cambios ortográficos históricos y las erratas obvias. Nuestras intervenciones para completar versos mal medidos o para auxiliar al lector con alguna acotación escénica están señaladas con corchetes. Los paréntesis de Cuéllar, de acuerdo al uso tradicional, indican apartes.

De modo que comenzamos restituyéndole a esta obra su título original.

Bibliografía

- CLARK DE LARA, BELEM. “José Tomás de Cuéllar. Escritor”, en *José Tomás de Cuéllar*. México: Cal y Arena, 1999. 13-58 (Los Imprescindibles).
- CUÉLLAR, JOSÉ TOMÁS DE. *Obras II. Narrativa II. Ensalada de pollos. Novela de estos tiempos que corren tomada del carnet de Facundo (1869-1870, 1871, 1890)*. Edición crítica, prólogo y notas de Ana Laura Zavala Díaz. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades. Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007 (Nueva Biblioteca Mexicana, 166).
- GARCÍA CASTAÑEDA, SALVADOR. “De ‘figurón’ a hombre de pro: el montañés en la literatura de los siglos XVIII y XIX”, en Douglas and Linda Jane Barnette (eds). *Studies in Eighteenth-Century Spanish Literature and Romanticism in Honor of John Clarkson Dowling*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 1985. 89-98.
- GOROSTIZA, MANUEL EDUARDO DE. “Don Dieguito”, en *Comedias I*. Estudio introductorio, edición y notas de Felipe Reyes Palacios. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Filológicas. Centro de Estudios Literarios, 2023 (Nueva Biblioteca Mexicana, 193).
- LANOT, JEAN-RAYMOND. “Para una sociología del figurón”, en *Risa y sociedad en el teatro español del Siglo de Oro*. Actes du 3e. Colloque du Groupe d’Etudes Sur le Théâtre Espagnol. Paris: CNRS, 1980. 131-151.
- MONTERDE, FRANCISCO. *Bibliografía del teatro en México*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1933 (Monografías Bibliográficas Mexicanas, 28).
- REYES DE LA MAZA, LUIS. *Circo, maroma y teatro (1810-1910)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Estéticas, 1985.
- REYES PALACIOS, FELIPE. “El Payo de Fernández de Lizardi, una comedia de figurones”, en *Literatura Mexicana*. México, XXI-1 (2010): 67-82.
- SERRALTA, Frédéric. “El tipo del galán suelto: del enredo al figurón”, en *Cuadernos de Teatro Clásico*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1 (1988): 83-93.
- ZAVALA, JESÚS. “José Tomás de Cuéllar”. Recorte de periódico sin datos. Archivo de Armando de María y Campos. Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

FELIPE REYES PALACIOS

Doctor en Letras Mexicanas por la UNAM. Antes cursó la Licenciatura y la Maestría en Letras con Especialidad en Arte Dramático. Investigador titular en el Instituto de Investigaciones Filológicas y profesor de Teorías Dramáticas en la Facultad de Filosofía y Letras. Autor de la primera edición crítica de *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi (1981), y en el área de la teoría y crítica teatral, de los libros *Artaud y Grotowski, ¿el teatro dionisiaco de nuestro tiempo?* (1991) y *Manuel Eduardo de Gorostiza en su contexto dramático* (2009). Editó y prologó, junto con Edith Negrín, *Los frutos de Luisa Josefina Hernández* (2011) y, por su propia cuenta, *La mirada crítica de Luisa Josefina Hernández* (2015). además de haberlo hecho con *El arte poética de Boileau* (2014), con la colaboración del latinista José Quiñones. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas, tanto nacionales como extranjeras. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores.

NATURAL Y FIGURA o EL RANCHERO DE IRAPUATO

Comedia de costumbres. Escrita en magníficos versos en dos actos

por el poeta mexicano

DON JOSÉ T. DE CUÉLLAR

1868

Restauración métrica de

JOSÉ QUIÑONES MELGOZA

Edición de

FELIPE REYES PALACIOS

Personajes

DON CÁNDIDO, <i>padre</i>	EL SEÑOR MIRAFUENTES
DOÑA RUPERTA, <i>madre</i>	LA SEÑORA MIRAFUENTES
CARLITOS, <i>hijo</i>	PANCHO LIRA, <i>amigo</i>
LOLA, <i>hija</i>	<i>Cinco criados</i>
JOSÉ MARÍA, <i>tío</i>	

La acción es contemporánea y pasa en la capital de México. 1868.

Acto primero

El teatro representa una sala antigua, adornada con mal gusto. Puertas laterales y, al fondo, sobre la mesa, un periódico.

Escena I

CÁNDIDO, *sentado a la mesa*. RUPERTA, *entrando*.

RUPERTA.	¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cansancio! Andar toda la mañana... Cándido, dame una silla que me quiere dar el asma. No te puedes figurar cómo está el comercio, espanta.
CÁNDIDO.	¿Muy pobre está?
RUPERTA.	¡Ta... ta... ta... ta! ¡Qué pobre! Si lo que falta es el dinero. Eso sí, yo ya no entiendo palabra de la mera jerigonza de estos tiempos que alcanzamos.
CÁNDIDO.	¿Pero por qué? Pues, ¿qué pasa?
RUPERTA.	Que en mis tiempos era todo tan sencillo que bastaba,

	para vestirse a la moda, pronunciar cuatro palabras: percal, alepín, erigüela, tafetán, raso... y bastaba. No era muy larga la lista; pero hoy, ¡la Virgen me valga!, balzoriña, brillantina, pelerina, alpaca, holanda, baré, trüé, calicot... pero, eso sí, ¡qué bretaña! Es un ayete, un horrón. De aquellos tiempos no hay nada. Hoy es una ciencia aparte, una cosa muy pesada comprar en esos cajones dizque al estilo de Francia.	20
CÁNDIDO. RUPERTA.	Pero bien, al fin compraste. Sí, compré; pero me falta el rabo por desollar. De lo que yo quiero, nada. No hay medias de la patente, increíble. Y la mentada civilización de aquí, ¿de qué nos sirve? ¡De nada! No hay mascadas de la India, tápalos chinos, bufandas. Nada de lo de mis tiempos. Ya no hay capotas bordadas; ‘ora se llaman abrigos, beduinos, paltós... ¡patrañas! Botandas y miravar, y carlotas y damianas... Ni profanación más rara que poner nombres de gentes y de santos a las capas.	30 40 50

- ¡Vamos!, que vengo mohína.
 ¿Y a esto cultura se llama?
 Ya se ve, si en este siglo
 ¡todo es farsa!, ¡todo es farsa!
- CÁNDIDO. En verdad me estoy temiendo
 con que hoy el sastre me salga
 con una majadería.
- RUPERTA. ¿Ya viste al sastre?
- CÁNDIDO. Sí, acaba
 de marcharse hace un momento.
- RUPERTA. ¿Don Canuto, el de “La estampa
 de...”? 60
- CÁNDIDO. ¿Qué dices? No, señor.
 Si Carlitos ya no pasa
 por don Canuto; le dice,
 espera un poco... le llama...
 ¡El señor don Rinconelli!
- RUPERTA. ¡Rinconelli! ¡Qué canalla!
 Si vistió al marqués de Aguayo⁸
 y hasta al señor de Apodaca.
- CÁNDIDO. Ya lo sé; pero Carlitos
 me dijo: papá, mañana 70
 viene mi sastre. ¿Es francés?
 Por supuesto. ¿Quién aguanta
 al sastre si no es francés?
- RUPERTA. ¿Todo francés? ¡Dios me ampare!
- CÁNDIDO. Hoy todo es así. Las casas,
 las fondas...
- RUPERTA. Qué pocas cosas
 quedan a la mexicana.
- CÁNDIDO. Sí, Ruperta, sí, muy pocas
 nos quedan, y por desgracia
 de las malas.

⁸ Omisión del sujeto. Debe de referirse a don Canuto, el antiguo sastre.

- LOLA. ¡Ay, Jesús, ay!
- RUPERTA. ¿Qué, criatura? 130
- CÁNDIDO. Ya comienza la aventura.
- LOLA. Ha elegido usted muy mal.
¿Para qué es esto mamá?
- RUPERTA. Es para dentro de casa.
- LOLA. Pero, mamá, esto no pasa
ni entre los indios.
- CÁNDIDO. ¡Ja! ¡Ja!
- RUPERTA. Es muy bonito floreo
y son indianas muy lindas.
- LOLA. Mamá, si aun para cortinas
es horriblemente feo. 140
- RUPERTA. Mira, Cándido...
- CÁNDIDO. Lo dije,
si va a haber muchos disgustos.
- RUPERTA. Bah, si en materia de gustos...
En fin, cada quien elige...
Vamos, ¿conque no te agrada?
- LOLA. Mamá, pero si es horrible.
- RUPERTA. Ya veo que no es posible
que acierte contigo en nada.
A ver si el tápalo...
(*Tápalo de color claro, de burato, que sea antiguo.*)
- LOLA. ¡Ay, Dios!
- RUPERTA. Es de burato, hija mía. 150
- LOLA. ¡Jesús, qué parecería!
[*Aparte.*]
¡Jesús, qué mamá!
- CÁNDIDO. Y van dos.
- RUPERTA. Pues ésa sí es mucha flema
y yo no sufro más risas.
- LOLA. Mamá, compre usted camisas.
- RUPERTA. ¿Camisas? Bonito emblema.
¿Quién te comprende, mujer?

- A las jóvenes del día,
¿quién darles gusto podría?
Si no se puede creer. 160
Toda mi vida he pasado
en afanarme por ti,
y hoy que te conozco así,
encuentro tan mal pagado
mi afán, ingrata.
- LOLA. Mamá,
ruego a usted que no se ofenda;
pero no es fácil que entienda
de modas.
- RUPERTA. Quítate allá...
¡Pues he quedado lucida!
¿Lo ves, Cándido, lo ves? 170
Esto es inicuo, esto es
¡la ilustración maldecida!
- CÁNDIDO. ¿Qué quieres?, como ha de ser;
ten calma.
- RUPERTA. Tú eres un santo.
CÁNDIDO. El mundo ha cambiado tanto.
RUPERTA. No soy de ese parecer.
Estas pollitas del día
son las que cambian, ¡qué horror!
El ejemplo corruptor
de Europa las extravía. 180
Todo ha de ser de París,
todo ha de ser como allá,
y nada de lo de acá
vale un granito de anís.
- LOLA. Pero es natural, mamá.
Las naciones extranjeras
son en todo las primeras.
Todo nos viene de allá.
- RUPERTA. Todo, menos el talento.

LOLA.	Hasta el talento.	
CÁNDIDO.	Eso no,	190
	talentos conozco yo	
	que son, Lolita, un portento.	
RUPERTA.	Los daría de barato	
	por mis tiempos, que era un sol	
	aquel gobierno español,	
	aquel feliz virreinato.	
LOLA.	Tiempos del oscurantismo.	
RUPERTA.	De mucha sinceridad.	
LOLA.	Pero ya pasó esa edad.	
	Los tiempos no son lo mismo.	200

Escena IV

Dichos. Entra CARLOS. Continuando lo que habla[ba] LOLA.

CARLOS.	Las leyes, las matemáticas, y las cuestiones odiosas de las ciencias, y Lancáster y toda esa jerigonza; que habiendo plata, todo lo demás nos sobra... Desde que estoy elegante es mi vida deliciosa y ya en la alta sociedad me inicio, y ya soy persona concurrente a la terrena donde no hay joven de moda que no gaste allí su tiempo; ya son contadas, muy pocas, las personas de alto rango que no me tuteen ahora.	
LOLA.	¿A dónde vas a parar?	210
CARLOS.	No interrumpas, me encocoras.	

	Hablando con Pancho Lira...	
LOLA.	¿Con quién? ¿Con Pancho?	
CÁNDIDO.	Algún posma.	220
CARLOS.	Un joven muy elegante.	
LOLA.	Y muy rico.	
CARLOS.	Tiene todas las cualidades... buen mozo, tira muy bien la pistola, monta muy bien a caballo... <i>(Aparte. A CÁNDIDO.)</i> Y oiga usted: le gusta Lola.	
CÁNDIDO.	¿Es posible!	
RUPERTA.	¿Qué? ¿Qué es eso?	
CÁNDIDO.	¿Rico? Pues es otra cosa...	
RUPERTA.	<i>(Con ansia de saber.)</i> Pero, ¿qué?	
CÁNDIDO.	Calla, mujer, pues ya es el novio de Lola.	230
RUPERTA.	Tan rico, y así es su novio. <i>(Aparte. A LOLA.)</i> Oye, niña, dime a qué hora le has visto.	
LOLA.	Yo...	
CARLOS.	Si es mi amigo.	
RUPERTA.	¿Tu amigo?	
CARLOS.	Sí, en la fonda comemos juntos y luego tomamos algunas copas en Fulcheri, porque es hombre que bebe como enamora.	
RUPERTA.	¿Borracho? ¿Y así es tu amigo?	
CARLOS.	No, mamá, toda persona decente debe beber; que la gente pobretona es la única que hace gestos	240

- al ofrecerle una copa.
- RUPERTA. ¿Qué es lo que oigo? ¡Conque el vicio de embriagarse es de moda! Cándido, ¿lo ves? ¡Dios mío! Qué costumbres tan odiosas.
- CARLOS. Pues ésa es la sociedad. El buen tono. En toda Europa verá usted lo mismo. 250
- RUPERTA. ¿Sí?
- CARLOS. Sí, señora; todos toman.
- RUPERTA. Con razón he visto yo al salir una vez que otra, que hay tantas vinaterías.
- CARLOS. ¡Qué dice usted!, si las copas no se toman en las tiendas. ¡Los pobres, es otra cosa!
- RUPERTA. Pues, ¿en dónde?
- CARLOS. En Plaisant, en Fulcheri.
- RUPERTA. ¡Ay, qué cosas! 260
- CARLOS. Allí nomás caballeros se reúnen.
- RUPERTA. ¿A tomar copas? ¡Tabernas de caballeros son nomás, aunque te opongas!
- LOLA. No digas eso, mamá. Papá, ¿verdad que es la moda?
- CÁNDIDO. Sí, pero es un poco fea porque en el fondo... es la propia costumbre de los plebeyos: uno en jarro, y otro en copa. 270
- CARLOS. Pero si más me interrumpen no acabo en mi vida. Hay cosas de importancia que deciros. ¿Me escuchan?

- CÁNDIDO. Sigue en buena hora.
- CARLOS. Pues, señor, como decía,
hablaba con Pancho [...]. Todas
las mañanas en Plaisant
nos vemos para las copas.
- RUPERTA. Dale con el vicio.
- CÁNDIDO. (A RUPERTA.)
- ¡Calla!
- CARLOS. Sí, que lo que digo importa. 280
Ya sabe usted que mi ahínco,
mis esfuerzos, en fin, toda
mi ambición se está cifrando
en unirnos con personas
de alto kirio; porque, en fin,
nuestra posición ahora
exige ya que tratemos
con la aristocracia toda.
- CÁNDIDO. Muy bien pensado, eso es. 290
¿Lo oyes Ruperta? ¡Qué gloria!
Y por supuesto seremos
en México gente gorda.
Así, de polendas. ¡Bien!
Y tú, por supuesto, Lola,
te casas y... no te pierdes.
¡Picarona, picarona!
- LOLA. Y saldremos en mi coche
todas las tardes, y todas
las noches al Coliseo...
- CARLOS. ¡Al Coliseo! ¡Qué tonta! 300
Al teatro, se dice...
- RUPERTA. No.
- CARLOS. Coliseo, aunque te opongas.
Pero eso no es de buen tono.
- RUPERTA. Dale bola, dale bola,
si es preciso que yo aprenda

- a nombrarles a las cosas
de otro modo, es necesario
que a deletrear me pongan.
¡Habrás visto!...
- CARLOS. Ello es que
o usted aprende o nos mofan. 310
- CÁNDIDO. Sí, mujer, pon atención
y habla poco, yo ya ni hablo.
- LOLA. ¿Conque de Pancho decías?...
- CARLOS. Sí, y a propósito, encargo
muy especial. En tratándose
de personajes muy altos,
aunque no se les conozca
ni siquiera por retrato,
nombrarlos como si fuera
uno su amigo o su hermano. 320
Así, por ejemplo, Pepe
el ministro; o el tocayo,
hablando del arzobispo.
Manuelón, el secretario;
Miguel, al gobernador;
don Francisco o don fulano,
al consejero, al deán,
o al secretario de Estado.
- LOLA. Eso hago yo. A mis amigas
del colegio así les hablo, 330
qué tal muchachas, decía
cada rato. ¿Quieres? Vamos
todas las damas de honor.
¡Ay, si tienen tan buen trato!
- CARLOS. Ése es un rasgo magnífico;
ya verás el resultado.
- LOLA. Ya lo vi, si me tenían
una envidia...
- CARLOS. ¡Bravo, bravo!

- RUPERTA. Ay, Jesús, qué falsedades.
Qué mentiras y qué escándalo. 340
¿Y qué sacas de eso, niña?
- LOLA. Qué he de sacar, que yo pase
por una joven de moda.
- CÁNDIDO. Pues eso es lo que deseamos.
- RUPERTA. ¿Conque apruebas? ¡Sea por Dios!
Ah, qué tiempos alcanzamos.
- CARLOS. Pues, señores, vuelvo al punto,
que no hay cuento desgraciado
como el cuentero...
- LOLA. Sí, sí.
Conque decías que Pancho... 350
- CARLOS. Me presentó con su tía,
condesa de no sé cuántos.
- CÁNDIDO. Pues averígualo [tú].
- CARLOS. Sí. Pierda usted cuidado;
es una señora rica,
elegante y... ¡Vaya trato!
¡Qué maneras! Al momento
que yo le fui presentado,
no abrió la boca, nomás
hizo así... Es buen tono
al saludar a un extraño, 360
no hablarle ni una palabra,
y no mover ni los labios.
Y dije yo para mí.
No habla, por de[s]contado
que es toda una cortesana,
es señora de alto rango...
- LOLA. Conque, ¿cómo?
- CARLOS. Así...
(Saludando cortésmente con la cabeza.)
- LOLA. ¿Y después?
- CARLOS. Así...

- (Indicándole asiento.)
- LOLA. Eso es, señalando un asiento. Ya otra vez vas a ver qué bien lo hago. 370
- CARLOS. Yo con mi genio, ya saben... yo no ando corto, y el diálogo entablé con cierto énfasis: Mi tío el que está en palacio me ha dicho... (Fue introducción.) La marquesa de Los Álamos me ha dicho... En la hacienda tengo tantos y tantos caballos.... En fin, que en cinco minutos, muy amigos, congeniamos. 380
- CÁNDIDO. ¿Pero quién es esa tía?
- CARLOS. Van a quedar espantados.
- LOLA. ¿La que tiene más haciendas por Tampico o por Durango?
- CARLOS. La misma, aquella señora que te enseñé en el teatro.
- LOLA. Ah sí, ¿conque ya es tu amiga?
- CARLOS. Y que vendrá a saludarnos.
- CÁNDIDO. ¿Cómo es posible?
- RUPERTA. ¿Qué dices?
- CARLOS. Y muy pronto, si ya estamos iniciados, y es de veras.... 390
- ¡Ah, tened mucho cuidado!
- CÁNDIDO. La voy a echar a perder. ¿Qué me aconsejan? ¿No hablo?
- CARLOS. Sí, papá, pero habla poco, y todo muy estudiado.
- RUPERTA. Yo voy a quedar lucida. Si yo no sé hablar de modas [ni] de Corte ni de teatros. ¿Qué haré yo, si esa señora 400

- me habla a la francesa? Vamos,
que no daré palotada,
y luego son los regaños,
y me dices que soy brusca,
y que yo no tengo trato.
¡Válgame Dios! Mira, mira,
yo te ruego mucho, Cándido,
que la recibas aquí
y entretanto yo me largo.
Le dices una mentira, 410
vale que es aristocrático
mentir descaradamente.
Miente, y carga tú el pecado.
Yo, me voy a la Profesa
a seguir mi novenario.
- CÁNDIDO. ¿Qué vas a hacer? Ya digamos
que nos hemos resignado
a instruirnos en estas prácticas
de sociedad.
- RUPERTA. Ay, Dios santo.
Qué prácticas tan opuestas 420
a mi genio. El mundo es raro,
y yo que no le conocía
aún, a pesar de mis años.
- CÁNDIDO. Yo sí le conozco bien,
Ruperta, mas sin embargo,
si se acerca la ocasión,
no sé si estaré atrojado.
Eso es, la caravana
es difícililla, vamos.
Carlitos...
(*Mira hacia sí.*)
- ¿[Así] está buena? 430
- CARLOS. Exagerado.
Usted, mamá.

como yo he de estar aquí,
y soy un gran diplomático... 460

CÁNDIDO. Y luego que no ha venido
el sastre.

CARLOS. Para este caso....
estoy también prevenido.

LOLA. ¿Así estoy bien?

CARLOS. Sí, de paso
sería bueno...

LOLA. ¿Qué?

CARLOS. Tener
entre manos un bordado.

LOLA. Ya, ya entiendo, es de buen tono
bordar uno que otro rato.
Ya verán.

CARLOS. Conque a vestirse.

LOLA. ¡Vamos, papá!

CÁNDIDO. (A RUPERTA.)
¡Vamos!

RUPERTA. ¡Vamos! 470
(Mutis.)

Escena V

CARLOS.

CARLOS. ¡Esto se llama lucir!
Yo tengo mucho talento.
¡Brillar! Lo demás es cuento.
No tengo más que pedir.
Qué bien le he dado a la bola.
Pancho cae a no dudarlo;
no para[ré] hasta casarlo;
qué dichosa va a ser Lola.
Al fin ya está limadita.

¡Si así estuviera papá! 480
Mas con respecto a mamá,
¡un siglo se necesita!
Como siga mis consejos
se salvará todo escollo,
que en ocasiones un pollo
sabe más que muchos viejos.

Escena VI

CARLOS y PANCHO.

PANCHO. ¡Carlos!
CARLOS. Carísimo.
PANCHO. Y bien.
CARLOS. ¿Tú por acá?
PANCHO. Contingencia.
CARLOS. ¿Viste a Concha?
PANCHO. La paciencia
estoy perdiendo también. 490
CARLOS. Oye, esa chica te arruina.
PANCHO. No soy tonto.
CARLOS. Es terrible.
PANCHO. Sí, la echa de sensible,
pero no me contamina.
CARLOS. Óyeme, ya pronto cae
la del estanquillo.
PANCHO. ¿Sí?
CARLOS. Figúrate, para mí,
si creeré que se distrae.
PANCHO. Ésa sí vale la pena.
CARLOS. Bien vale seis meses.
PANCHO. Más. 500
En doce no quebrarás.
CARLOS. Puede ser, ella es tan buena.

¡Ya tengo tres!

PANCHO. Y yo cinco.

CARLOS. ¿Cinco? No lo puedo creer.

PANCHO. La francesita de ayer;
Concha, Luisa y la del brinco...

CARLOS. Son cuatro.

PANCHO. Y la vieja aquella...

CARLOS. Quita allá, si es una harpía.

PANCHO. Es tan guapa que diría
que ama más que una doncella. 510

CARLOS. Silencio, que alguno viene.

Escena VII

Dichos, y LOLA con un bastidor.

LOLA. Mira, Carlos, mi bordado.

PANCHO. ¡Ay, Dios! Qué susto he llevado.

CARLOS. Mi hermana Lola.
(Presentándola.)

LOLA. *(Aquí empieza
[ya] la lección.)*

CARLOS. *([CARLOS] le hace señas de que se siente y haga una ca-
ravana.)*
Mi amigo
Pancho Lira.

PANCHO. Señorita.
[Aparte.]
Ay, ay, ay, qué entumidita.
(Después de hacerse cumplimientos para sentarse.)
¿Ha ido usted al teatro?

LOLA. Sí, estuvimos la otra noche.

PANCHO. ¿Y al paseo?

LOLA. Se rompió el coche. 520

PANCHO. ¿El nuevo?

- CARLOS. Es muy corta.
- PANCHO. Pues si algo quiere saber de todo le he de imponer por si el negocio le importa.
- CARLOS. ¿Quieres fumar?
- PANCHO. Yo no fumo.
- CARLOS. Cómo que no, a todas horas.
- PANCHO. Pero sé que a las señoras les molesta mucho el humo. 560
- LOLA. (Qué fino es.) No señor; fume usted, no me molesta.
- PANCHO. (A CARLOS.) ¡Buen puro!
- CARLOS. Cada uno cuesta un peso... y es pasadero.
- LOLA. (Fanfarrón hasta el exceso. Hoy no le gustan de a peso y fumaba de Monzón.)
- PANCHO. En fin, ¿vienes?
- CARLOS. ¿Qué hora es?
- PANCHO. Voy a ver.
- CARLOS. ¿El de Lozada?
- PANCHO. El cronómetro.
- LOLA. (Encantada me tiene.) 570
- PANCHO. Las doce y tres.
- CARLOS. Hay tiempo, vamos.
- PANCHO. No quiero ser molesto.
- CARLOS. Volveremos; un negocito tenemos.
- PANCHO. (Despidiéndose.) Señorita.
- LOLA. Caballero.

Escena VIII

LOLA.

LOLA. Ah, qué visita tan corta,
y qué guapo; qué buen chico.
Tiene no sé qué de amable,
y unos modales tan finos;
la gente decente, siempre 580
acostumbrado a ser rico,
lleva la ropa tan bien.
Y tiene unos piecitos,
qué bien calzado. Y el guante
qué bien puesto. El fistolito
colocado... y la corbata...
todo, todo bien prendido...
Si no se habrá figurado...
quisiera saber qué ha dicho...
si le será indiferente... 590
Ya van más de tres domingos
que me ve salir de misa
y me echa el lente, y he visto
que me sigue; yo le haré
que caiga; si lo consigo,
ya podré contar a todas
que tengo un novio divino.

Escena IX

CÁNDIDO y LOLA.

CÁNDIDO. Vamos, ponme tú la gorra.
LOLA. Así está bien, papacito;
está usted muy elegante. 600
CÁNDIDO. Pero, ¿no será ridículo?
LOLA. No, papá, si ése es el traje

- de casa, es muy sencillo.
Y como no viene el sastre,
es un recurso magnífico.
- CÁNDIDO. ¿[Viene] la de Mirafuentes?
¿Vendrá también el [marido]?
- LOLA. Puede ser, lo dijo Carlos.
- CÁNDIDO. Vaya, entretanto, aquellito
ensayaremos los dos. 610
En el espejo me he visto
y ya no me sale mal,
mira, mira, así me inclino.
[Llevando la cara abajo.]
- LOLA. Pa', un poco menos.
- CÁNDIDO. No atino.
Carlos hizo así...
- LOLA. No, no,
con más *chic* y con más tino.
- CÁNDIDO. ¿Con más qué?
- LOLA. *Chic*.
- CÁNDIDO. ¿Qué es eso?
- LOLA. Vea usted. Eso es lo mismo
que... en fin, *chic* quiere decir...
Pero que venga Carlitos 620
y le explique a usted, papá,
él sabe bien.
- CÁNDIDO. ¿Será "chico"?
- LOLA. No, papá: *chic*.
- CÁNDIDO. Vaya cosa,
yo no atino. No se te olvide.
y temo que no desbarre,
si acaso esa señora
[entra y] me pone en palillos,
que no es muy fácil hablar
[correcto y] sin desatinos.
- LOLA. Pierda usted [todo] cuidado. 630

Carlos y yo del peligro
le sacamos, si se tuerce
o se atranca en el camino.
CÁNDIDO. No te pareces a mí.
¿Ya será hora?
LOLA. No se sabe
a punto fijo.
CÁNDIDO. Pon cuidado,
creo que tocan.
LOLA. Se oyó muy claro
el sonido de la campana.
CÁNDIDO. Tienes razón. Estaremos
dispuestos y prevenidos.
LOLA. Usted leyendo el periódico 640
y yo bordando.

(Ocupan sus lugares y hay una pausa muy grande. El uno leyendo y la otra bordando.)

CÁNDIDO. Bendito
sea Dios. Oye, Lola,
mira si por las pantuflas
se me ven los calzoncillos.
LOLA. No, papá.
CÁNDIDO. ¿Y esta postura?
LOLA. Está bien.
CÁNDIDO. Siento un poquito
de este lado la montera...
LOLA. Gorra griega, papacito.
CÁNDIDO. Pues la griega ponla bien.
LOLA. De lado es mejor.
CÁNDIDO. Lo dicho.
Yo no entiendo una palabra 650
de eso... eso es... de "chito".
LOLA. Chic, papá.
CÁNDIDO. Tienes razón,
ya el idioma es tan distinto.

Siento pasos.
 LOLA. Era bueno
 que avisaran.
 CÁNDIDO. ¡Qué suplicio!,
 ¿qué...?, ¿no cambio de postura?
 LOLA. Está usted bien.
 CÁNDIDO. Me resigno.

(Rato de silencio en que vuelven ambos la cara de vez en cuando hacia la puerta, con precaución, como para no ser sorprendidos.)

Escena X

Dichos. JOSÉ MARÍA, que se detiene en el fondo contemplando el cuadro.

CÁNDIDO. *(Sin moverse.)*
 ¡Ahí está!
 LOLA. *(Lo mismo.)*
 ¡Calle usted!...
 JOSÉ. ¡Cándido!...
 CÁNDIDO. ¡Qué veo, Dios mío!
 ¿Tú por aquí, buena alhaja? 660
 JOSÉ. Dame un abrazo, primito.
 ¡Qué gordo estás y qué guapo!
 ¡Estás hecho un arzobispo!
 ¿Y esta chica?
 CÁNDIDO. Es Lola.
 JOSÉ. ¡Cómo!,
 tan grande...
 CÁNDIDO. Mira a tu tío.
 Salúdalo.
 JOSÉ. ¿Cómo te va?
 ¡Oh!, qué linda estás, gormijo.
 Si yo he dejado de verte...
 sí, desde cincuenta y cinco
 te dejé que parecías 670

una muñeca. ¡Dios mío,
qué viejos somos! ¿Y Carlos?
Estará hecho un beduino;
un gendarme; ¿Dónde está?

CÁNDIDO. ¿No está en casa?

LOLA. No. Ha salido.

JOSÉ. Y Ruperta tu mujer,
¿qué tal?

CÁNDIDO. Va bien.

JOSÉ. ¿No hay más chicos?

CÁNDIDO. No, a Dios gracias.

JOSÉ. Es mejor.
Pero a todo esto, primito,
tú te estás volviendo loco. 680

CÁNDIDO. ¿Por qué?

JOSÉ. Porque estás vestido
de mojíganga y tu hija
tiene un copete magnífico.

LOLA. ¡Qué brusco es el tío!

CÁNDIDO. Yo
no, como siempre me visto
a mi gusto.

JOSÉ. ¿No? ¿Pues quién
se encarga de este capítulo?

CÁNDIDO. ¡Ay, Pepe!, si tú supieras...
Se han rebelado mis hijos
y nos tienen en un brete; 690
nos dan lecciones de finos
modales, de urbanidad,
pues de ese modo exquisito
que se usa en la nueva Corte,
entre gente de alto kirio,
porque es preciso hacer esto
desde que ya somos ricos.

JOSÉ. Sí, supe allá que heredaste

- por tu mujer algún pico;
pero el maldito dinero 700
les ha trastornado el juicio
y ya te dejas mandar
por este par de pollitos.
¿Y no cuentas que a tu edad
cargarás con el ridículo?
- CÁNDIDO. ¡Qué quieres, Pepe, qué quieres!
Si todo es tan preciso.
- JOSÉ. No, señor, majaderías,
invenciones de estos niños.
- LOLA. Señor, no son invenciones, 710
que en sociedad es preciso
darse uno el lugar que tiene
y entrando en el alto kirio
portarse con la decencia
y el decoro merecido.
- JOSÉ. ¡Válgame la Virgen prieta!,
que has hablado de lo lindo;
en primer lugar, tú debes
no decir señor; tu tío,
y muy tu tío. ¿Lo entiendes? 720
Con respeto de[!] alto kirio,
no me tientes de paciencia,
porque te pongo en ridículo:
que cada uno de nosotros
ha de ser como Dios lo hizo.
¡Habráse dado manía!...
- LOLA. No es manía, es el destino
que le toca a cada cual
en el mundo: así vivimos
en una esfera elevada. 730
- JOSÉ. ¡Qué esfera ni qué rodillo!
Aquí no hay más monadas
y tenlo bien entendido.

¡Vaya una chica! ¡Te luces!
¡Cándido, eres un borrico,
dejarte así gobernar
como si fueras un chico!
[A LOLA.]
Anda a llamar a Ruperta,
dile que aquí está su primo,
que ésa sí no ha de pasar
por esta farsa. Pues digo: 740
¡válgame la Virgen prieta!
¡Pues si estás hecho un ministro!
LOLA. Me voy, pues me va a dar algo.
[Aparte.]
¡A qué hora ha llegado el tío!

Escena XI

CÁNDIDO y JOSÉ MARÍA.

JOSÉ. No tengas miedo, aquí estoy.
Verás como a esos muchachos...
CÁNDIDO. Oye, primo, es un suplicio
esto del buen tono.
JOSÉ. ¡Al diablo 750
con el buen tono y con todo;
ande uno cómodo y ancho
y que se ría la gente.
No haciendo a la gente caso,
mírame a mí, soy feliz:
aumentando mis atajos
he doblado ya diez veces...
Y mira... los mexicanos
aquí echamos el dinero:
¡anchas bolsas, y a gastarlo!
(Suena las bolsas.)

De que yo miro a un catrín 760
 que al pagar se va sacando
 de la bolsa del chaleco
 portamoneda[s] abrochado,
 y saca con los dos dedos
 medio o muchas veces tlaco...

Digo yo, ¡ya ese maldito
 no quiere ser mexicano!
 ¡Qué mezquindad! Oye, primo;
 por más que te hayan contado
 que en otras partes del mundo 770
 es todo mejor, ¡qué diablos!...

No hay como México, sí...
 Este país tan denigrado
 es un país como no hay otro
 al otro lado del charco.
 Qué me vienes ahora tú
 con esos humos extraños,
 con que todo a la francesa,
 a la inglesa. ¡Pues estamos
 lucidos! ¡No, señor! [¡No!] 780

Ante todo, ¡mexicanos!
 Amemos nuestras costumbres
 que si este país es malo
 no vendrán más extranjeros;
 y si es bueno, ¿qué ganamos
 con imitar las costumbres
 del que su país ha dejado?

CÁNDIDO.

¡Por Dios, primo!

JOSÉ.

¡Nada, nada!

Ya me ves, pues más de cuatro
 quisieran tener mis rentas. 790

Eso sí... ¡de mi trabajo!

No necesito pedir yo
 ni a tirios ni a troyanos,

que me mantengan; yo busco
la vida con el trabajo,
si otros hicieran lo mismo,
otro sería el estado
de México; no que todos
quieren vivir del erario.
Y esta ardiente juventud 800
con talento y buenos brazos,
aprende a leer y escribir,
luego algunos latinajos,
y como son niños finos
aborrecen el trabajo.
“Mamá, me voy al cajón”;
y un joven barbicerrado
se pone a vender bretaña
y se mide hasta los tápalos.
Y otro, que no aprendió 810
casi nada, ve al cuñado,
al pariente, y con empeños...
empleadito asalariado.
Si tiene disposición,
si pudiera valer algo,
en máquina de escribir
se va la vida pasando.
Que cerraron la oficina,
al portal, a la miseria
a dar lástima. ¡Muchachos!, 820
¿cuándo querrán comprender
que es un tesoro el trabajo?
¿Y tu hijo Carlos será
cajonero o empleado?
No es nada...
CÁNDIDO.
JOSÉ. Para marqués
tal vez estará estudiando.
¡Ay, primo, te compadezco!

que voy a aplaudir y quiero
observar también de paso
qué hacen ciertos extranjeros
en la ópera, mirando
que hay ángeles..., ¡y muy lindos,
en país de pobres diablos!

CÁNDIDO. Pero oye, no habrá boletos.
JOSÉ. Los consigo a puñetazos,
porque es la última función.
Conque, nos vemos, Cándido.

CÁNDIDO. Ve con Dios... ¡Si cada día
se hace este Pepe más bárbaro!

860

Escena XII

CÁNDIDO y CARLOS *que llega.*

CARLOS. ¡Vengo ahogándome, papá!
¡Ya vienen!...

CÁNDIDO. ¿Quién? ¿Esas gentes? 870

CARLOS. [Sí, ya,] la de Mirafuentes.
¡Lola!, ven pronto. ¡Mamaaá!

CÁNDIDO. ¡Jesús!, ¡se acercó la hora!

CARLOS. Dentro de un momento llega.

CÁNDIDO. ¿Tengo bien puesta la griega?

CARLOS. ¡Lola! ¡Mamá! ¡La señora!...

Escena XIII

Entra LOLA cargando un bastidor, dos grandes ramilletes, un tarjetero de mesa con muchas tarjetas y un álbum de retratos. Es seguida de DOÑA RUPERTA, que viene vestida de muy mal gusto y atrojada, poniéndose guantes blancos.

LOLA. ¡Cógeme esto!...

RUPERTA. ¡Ave María!

- CARLOS. Carlitos, ¿así estoy bien?
SÍ, mamá.
- LOLA. Y esto también.
- CARLOS. Eso es. ¿Qué se diría 880
de nosotros sin *bouquet*?
- LOLA. Sin álbum, sin tarjetero...
- CÁNDIDO. ¿Cuál es *bouquet*?..., ¿ese florero?
- CARLOS. Éste, conózcalo usted.
- CÁNDIDO. No se llamaba así antes.
- RUPERTA. ¡Nada sabemos los viejos!
¿Y para qué?, son trebejos.
- CARLOS. ¡Quítese usted esos guantes!
- CÁNDIDO. Oye, Carlos, ven acá,
¿qué cosa es *chic*? 890
- CARLOS. Luego, luego.
- LOLA. Yo, a mi bordado me entrego.
- RUPERTA. Y yo, ¿qué hago?
- CARLOS. Usted se está
sentada allí.
- [RUPERTA] ¡Como gustes!
- LOLA. El periódico, papá.
- CÁNDIDO. Sí, [sí,] ya lo sé.
- RUPERTA. Yo, ya
me estoy quitando los guantes.
- CARLOS. Pero ¿dónde se ha metido?
¿Qué dirán de usted las gentes?
- RUPERTA. Para el señor Mirafuentes 900
dejaba el sillón, querido.
- CARLOS. Después será. (A CÁNDIDO.) Bien, así
está usted perfectamente.
- LOLA. Oye, será conveniente
que nos avisen...
- CARLOS. Sí, sí.
(A la puerta.)
Oye, Pascasio o Tomás,

O ¿cómo te llamas?
LOLA. Pablo.
CARLOS. Pues, Pablo, ven que te hablo...

Escena XIV

Dichos. Y UN CRIADO.

CARLOS. Cerca del portón te estás.
Cuando vengán las visitas
que no entren a la sala; 910
a pasar a la antesala
al momento las invitas,
y dices: "Voy a avisar,
¿a quién anuncio?" Y su nombre
te dirán. ¿Lo entiendes, hombre?
Y te vienes sin tardar,
corre. Es un criado muy vivo.
(Viendo que permanecen en la misma postura.)
No hay que fatigarse tanto.

CÁNDIDO. Bueno, porque ya no aguanto.
CARLOS. Nada de tono festivo, 920
nada del pasado, nada;
ser en extremo prudente;
si mentamos un pariente
damos una campanada
y al momento se sabría...

CÁNDIDO. Sí se va a saber, Dios mío,
porque ha llegado tu tío...

CARLOS. ¿Quién?

CÁNDIDO. [¿Qué] quién? José María.

CARLOS. Somos perdidos.

RUPERTA. ¿Qué pasa?
¿Aquí está José?, ¡qué bueno! 930

CARLOS. Malo; viene a mal terreno.

RUPERTA. ¡A ver! No estamos en casa.
 ¿Pero ¿cuándo vino? ¿Cómo?
 CÁNDIDO. ¡Qué!... ¿No te ha avisado Lola?
 RUPERTA. No, si yo me he estado sola.
 CARLOS. ¡Bárbaro de tomo y lomo
 de Irapuato! ¿Quién colige
 que allí pueda haber un hombre
 que por rústico no asombre
 si a la Corte se dirige? 940
 Si aquí entre la flor y nata,
 entre el lujo y el boato
 hay brutos, en Irapuato,
 ¿qué ha de haber más que de resta?
 CÁNDIDO. Pero, oye, no digas eso.
 RUPERTA. Yo he conocido personas...
 CARLOS. De fuera, monos y monas,
 no conocen el progreso.
 CÁNDIDO. ¡Cáspita!, ¡qué fuerte estás!
 Carlitos tiene talento. 950
 RUPERTA. Mira, pues mucho lo siento,
 pues sin talento valía más.
 LOLA. Yo ya estoy muy impaciente.
 CARLOS. (A LOLA.)
 Ya vendrán; nombras la hacienda.
 LOLA. Por supuesto.
 CARLOS. (A RUPERTA y CÁNDIDO.)
 ¡Conque enmienda,
 otro modo enteramente!...

Escena XV

Dichos y el CRIADO.

CRIADO. ¡El señor de Mirafuentes!
 RUPERTA. ¡Jesús!

(Después siguen cambiándose cumplimientos mudos, siempre exasperados y ridículos por parte de los de la casa. Hay muchos movimientos para llegar a sentarse. La escena muda durará todo el tiempo que los actores quieran sostenerla. Ya cuando todos estén sentados y pendientes unos de los otros, como esperando que alguno comience a hablar, cae el telón poco a poco.)

NATURAL Y FIGURA o EL RANCHERO DE IRAPUATO

José Tomás de Cuéllar

Acto segundo

Escena I

CÁNDIDO y JOSÉ MARÍA, *sentados*.

JOSÉ.	<p>Pues oye, sólo un cenzontle o un piano de esos buenos pueden hacer lo que hace la Peralta: ¡qué gorjeos! ¡Si da gusto! Qué bien hice en venir sin perder tiempo.</p>	980
CÁNDIDO.	<p>¿Y el público?</p>	
JOSÉ.	<p>Mira, el público... entendámonos, yo cuento entre lo que forma el público, tanto en uno y otro sexo, a quien gusta del teatro y va a gastar el dinero por divertirse, es decir, por gozar con lo de adentro, con la comedia o la ópera no ignorando el argumento</p>	990

- pero no es público, primo,
 esa ringla de podencos
 de guantes blancos, que charlan
 o están haciendo muñecos
 con los programas, o están
 nomás a los palcos viendo. 1000
 Esos nenes no son público,
 no pueden tener buen seso;
 y luego que van entrando
 al segundo acto; hay muñecos
 de esos que entran a media ópera,
 que en el pórtico están hechos
 un demonio por entrar;
 pero más puede el deseo
 de darse tono y fingir,
 a los que cantan, desprecio. 1010
- CÁNDIDO. ¿Es posible?
 JOSÉ. ¡Bah! Si vieras
 que un catrín se estaba riendo
 porque yo para entender
 la ópera, en el libreto
 que compré, iba consultando
 todo lo que estaba oyendo.
- CÁNDIDO. Pero eso es muy natural.
 JOSÉ. Ya se ve; pero es muy feo,
 según todos esos títeres
 que nunca compran libretos. 1020
- CÁNDIDO. ¡Vaya cosa!... Es necesario
 preguntar, [y] luego, luego,
 a Carlitos, si es mal tono
 leer el libro.
- JOSÉ. Otra y te pego,
 si le consultas a Carlos.
 ¡Ya, ya!
- CÁNDIDO. Como ya es sujeto

- que sabe todas las modas...
 JOSÉ. Los modos, dirás.
- CÁNDIDO. Pues eso,
 no olvidaré preguntarle.
- JOSÉ. Pues como te iba diciendo, 1030
 ninguno de esos peleles
 aplaudió ni hizo algún gesto.
 Al principio, dije yo...,
 pues curioso [es] el suceso,
 ¡cuántos sordos se han juntado!
 Es original; yo creo
 que esos niños como tapia
 tienen los oídos, pero
 en el entreacto observaba
 que se entendían teniendo 1040
 conversación y modales
 como todos; y ahora vengo
 a colegir que esos chicos
 no tienen mucho talento.
 Y mira lo que es el gusto,
 los de los palcos terceros
 y los de arriba, aplaudieron;
 pero oye, primo, ¡frenéticos!...
 Se conoce que sentían
 y que se ponían huecos 1050
 de ver en la mexicana
 tan admirables progresos.
 Y tú, ¿qué te hiciste anoche?
 CÁNDIDO. Pues anoche era en extremo
 preciso, según Carlitos,
 felicitar a un sujeto
 que me parece es ministro...
 o no sé qué...
- JOSÉ. ¿Qué es eso?
 ¿Fuiste a hacer una visita

sin saber a quién?
CÁNDIDO. No, pero 1060
como mi hija cada rato
está conque... hoy tenemos
que dar estos días; mañana
el pésame al consejero.
Después una enhorabuena,
o el general está enfermo...
JOSÉ. Pues, hombre, tú no tenías
tantas relaciones.
CÁNDIDO. Cierto;
pero Carlitos se empeña
en que es preciso ir teniendo 1070
amistades de gran tono.
JOSÉ. Dale con el embeleco
del gran tono; cada cual
se esté donde lo pusieron
su nacimiento y su clase,
su cabeza y su dinero.
Porque, no te canses, primo,
los que rústicos nacieron
aunque los vistan de frac
y sean ricos como Creso, 1080
se les ha de ver la hilaza
y no dejarán el pelo
de la dehesa. Y ahora tú,
que a tu edad estás creyendo
que puede dar en el mundo
aristocracia el dinero;
oye, no hay aristocracia
más que una: la del talento.
Que tu hijo Carlos es hombre
de letras y ha descubierto 1090
la cuadratura del círculo,
un planeta, otro hemisferio,

la piedra filosofal
 o, en fin, que en el mundo ha hecho
 algún bien a sus hermanos....
 Yo me quitaré el sombrero
 y le llamaré marqués
 o conde, y no me avergüenzo.
 Pero porque don Zoquete
 ha tenido más dinero 1100
 que tú, te creas inferior,
 eso, primo, es... de mal género.
 Yo sé bien lo que te digo.
 El ser rico no es un mérito.
 Pero oye.

CÁNDIDO.

JOSÉ.

Nada de argucias;
 lo dicho, no me doblego;
 si tú sales de tu esfera,
 ya verás qué lindo es eso;
 y como que eres mi primo,
 y como primo te quiero, 1110
 yo no debo permitir
 que te andes con esos cuentos
 que van a costarte caro:
 te arruinas en un momento.
 Yo no me opongo a que goces
 y a que gastes tu dinero
 en lo que quieras; pero, hombre,
 que no sirva de tormento
 cada paso que tú des;
 goza a tu modo y *laus Deo*. 1120

CÁNDIDO.

JOSÉ.

En parte tienes razón.
 Pues ya se ve que la tengo;
 y si no, dime en confianza,
 ¿estás así más contento,
 en compañía de los tuyos
 con libertad, con sosiego,

- sin estudiar las palabras
ni forzar hasta los gestos,
en una reunión de amigos,
como tú de medio pelo, 1130
pero mostrando a su modo
el cariño verdadero?
Un franco apretón de manos,
un “oye chico”... es más bueno
que esas largas reverencias
que hacen tan mal.
- CÁNDIDO. No lo niego.
- JOSÉ. Pues si lo conoces, primo,
por qué no te pones tieso
y dices: ¡Aquí yo mando!;
y le haces ver al muñeco 1140
de tu hijo, que es una farsa
lo que contigo está haciendo.
- CÁNDIDO. ¡Qué! Si tú no lo conoces.
¡Pondría el grito en el cielo!...
- JOSÉ. Muy bien me parece, primo,
¿y qué tenemos con eso?
- CÁNDIDO. Que la verdad, como ya
hemos consentido...
- JOSÉ. Pero,
¿qué importa? Precisamente 1150
lo malo es que consintieron;
y nunca es tarde, querido,
para corregir un yerro.
- CÁNDIDO. Tienes razón, lo conozco.
Pero quizá andando el tiempo
lleguemos a acostumbrarnos.
- JOSÉ. ¡Hola, hola!... Según veo
ya te vas aclimatando;
la vanidad es veneno,
y antes de que tome creces,

cortaré este mal a tiempo. 1160
 Ya verás lo que te espera.
 Por ahora, adiós, ya vuelvo.
 CÁNDIDO. ¿A dónde vas?
 JOSÉ. Hace años
 que no he visitado México.
 Tengo que ver la Academia
 de San Carlos y el museo,
 algunas fábricas nuevas
 y el ferrocarril de Arbeu.
 CÁNDIDO. Adiós.
 JOSÉ. Hoy como contigo.
 CÁNDIDO. Es posible... ¡Santo cielo! 1170

Escena II

CÁNDIDO.

CÁNDIDO. ¿Comer con nosotros hoy
 que vienen los Mirafuentes?
 ¿Qué pensarán esas gentes?
 (*Llamando.*)
 ¡Ruperta, perdido estoy!
 Seguro que este jayán
 suelta una de tomo y lomo.
 Hoy es día que no como,
 pues me va a amargar el pan
 la cultura, el *chic* de Carlos
 y la finura de Lola. 1180
 ¡Oh!, qué linda carambola
 vamos a hacer al juntarnos.

Escena III

CÁNDIDO y DOÑA RUPERTA.

RUPERTA.	¿Qué te sucede?	
CÁNDIDO.	¡Ven, ven!, es una calamidad. Pepe tiene la bondad de comer acá.	
RUPERTA.	Muy bien.	
CÁNDIDO.	¿Cómo muy bien? ¡Del infierno! ¡Que de huirle no me eximo! ¿Qué no conoces que el primo es hablador sempiterno? Y por más que tú te encumbres en el mundo aristocrático, él siempre será fanático de las antiguas costumbres, y nos pondrá en evidencia ante el señor Mirafuentes, con sus chistes imprudentes.	1190
RUPERTA.	Pues, ¿qué no tendrá prudencia? Al ver persona tan alta no dirá cosas atroces.	1200
CÁNDIDO.	Ruperta, no le conoces.	
RUPERTA.	Pues, señor, sólo esto falta. Pero bien visto, ¿por qué temes? Como es ranchero, entenderá el mundo entero que lo hace de buena fe.	
CÁNDIDO.	No me comprendes, bendita. Va a decir la Mirafuentes: ¡Qué parientes, qué parientes tiene doña Rupertita!	1210
RUPERTA.	Pues Pepe no es tan mal mozo.	
CÁNDIDO.	Pero es burdo.	

RUPERTA. Sí, en confianza.
 CÁNDIDO. Siempre es el mismo.
 RUPERTA. En chanza...
 CÁNDIDO. Va a echar el agua al pozo.
 RUPERTA. Yo no creo.
 CÁNDIDO. Ya vendrá Carlos,
 que opinará como yo.
 RUPERTA. Puede, mas creo que no.
 CÁNDIDO. ¿Parientes? ¡Para quemarlos!

Escena IV

Dichos y UN CRIADO.

CRiado. Vienen unos cargadores
 con trastos.
 CÁNDIDO. Al comedor, 1220
 será la vajilla.
 RUPERTA. Por eso
 Carlos no deja renglón,
 en todo está.
 CÁNDIDO. ¡Corre, corre!,
 allá en ese aparador
 o como se llame el mueble
 grande que ayer se compró,
 allí lo colocas todo.
 Ve a ver eso.
 RUPERTA. Sí, voy, voy.

Escena V

CÁNDIDO.

CÁNDIDO. Vajilla nueva, eso es,
 ¿si tendrá puesto el blasón?, 1230

porque Carlitos me ha dicho
que ése es el estilo de hoy:
en cada plato un escudo.
¿Cuál será el nuestro? Yo no
lo conozco, tal vez eso
no sea de precisión.
No todo el que tiene armas
entiende de dónde son.
Teniéndolas en los platos
y en el coche, se acabó. 1240
Si el señor de Mirafuentes
me pregunta, diré yo:
¿las armas? ¡Oh!, sí, estas armas,
el escudo, sí señor,
y así saldré bien del paso;
desde antes de anoche estoy
pensando que muchas veces
que he preguntado algo yo
no he entendido la respuesta;
y sintiendo algún rubor 1250
de confesar mi ignorancia,
he dicho: sí, sí señor.
Y con esto a otra materia
nos pasamos de rondón.
Hablaré poco, muy poco,
¡y acertaré por quien soy!

Escena VI

CÁNDIDO y CARLOS.

CARLOS. ¿Ya trajeron la vajilla?
CÁNDIDO. Sí, ya está en el comedor.
CARLOS. Bueno; ¿y *monsieur* Coquelet?
CÁNDIDO. ¿Algún ministro?

CARLOS. No, no, 1260
Coquelet, el del *restaurante*.

CÁNDIDO. ¿El de dónde?

CARLOS. ¡Sea por Dios!
Papá, no comprende usted.

CÁNDIDO. No conozco esa nación.

CARLOS. Si *restaurante* es la fonda.

CÁNDIDO. ¡Acabaras!, qué sé yo
de “restorán”; si me hubieras
dicho que del bodegón...

CARLOS. Ya no se usa decir fonda...

CÁNDIDO. Lo sé para otra ocasión. 1270
¿Conque “res... to...rán”?

CARLOS. ¿Y Lola?

CÁNDIDO. En la cocina.

CARLOS. ¡Qué horror!,
en la cocina a estas horas
y ya van a dar las dos.

CÁNDIDO. ¿A qué hora vienen?

CARLOS. No tardan.

CÁNDIDO. Está cociendo el arroz.

CARLOS. ¡Dios mío, qué desarreglo!
¡Qué criados! ¡Es un horror!
¡Este país, esta gente,
estas costumbres! No, no, 1280
¡si no se puede sufrir!,
mañana mismo me voy
a buscar un cocinero
inglés que tenga reloj.

Escena VII

Dichos y LOLA sin crinolina y con un mandil.

LOLA. (*Llorando.*)

- ¡Papá, Carlos! ¡Qué desgracia!
¡Oh, desesperada estoy!
- CÁNDIDO. ¿Qué te sucede hija mía?
CARLOS. Di, ¿qué te pasa, por Dios?
LOLA. Que ya la pasta de almendras
¡otra vez se me cortó! 1290
- CÁNDIDO. Y, ¿eso es todo?
CARLOS. Bueno, bueno
te dije que era mejor
que trajeran esas cosas
de la fonda.
- CÁNDIDO. ¡Sea por Dios!
CARLOS. Deja la pasta de almendras
y escucha: circunspección,
aplomo, cierta ironía,
luego alguna que otra tos.
LOLA. Ya entiendo.
- CÁNDIDO. ¿De qué se trata?
CARLOS. Viene Pancho Lira hoy. 1300
CÁNDIDO. ¿Y qué?
CARLOS. Que alecciono a Lola.
CÁNDIDO. ¿Para qué?
CARLOS. Porque él es vivo,
pero más vivo soy yo,
con ciertas lecciones cae...
Papacito, es un millón...
- CÁNDIDO. Pero, hombre...
CARLOS. Ya lo oyes, Lola.
LOLA. No necesito orador.
Yo sé muy bien lo que hago.
- CÁNDIDO. Ya maestros son los dos.
Y dime: ¿también se usa
fragar intrigas de amor
delante de sus papás? 1310
- CARLOS. Calle usted, ¡es un millón!

CÁNDIDO. Vaya una razón de peso.
 CARLOS. Papacito, el mundo de hoy
 está muy adelantado.
 CÁNDIDO. ¡Mucho!
 CARLOS. Falta una lección.
 Di que traigan unos platos,
 cubiertos, mantel, que yo
 tengo que hacer un ensayo 1320
 con ustedes porque hoy
 va a ser la primera vez
 que con gente *comme il faut*
 comemos, y es necesario
 estar en todo.
 LOLA. ¡Voy, voy!

Escena VIII

CARLOS y CÁNDIDO.

CÁNDIDO. ¿Qué será “milfó”? Oye Carlos,
 ¿qué es “milfó”?
 CARLOS. No, *comme il faut*.
 CÁNDIDO. Pero bueno, ¿eso es pescado
 en aceite o en licor?
 CARLOS. Es una frase francesa. 1330
 CÁNDIDO. ¡Ah!, ¿pues no lo digo yo?
 Si dijeras: comeremos
 con mucho... *chic*. (Ya salió.)
 ¿Estuvo bien aplicado?
 CARLOS. Sí, papá.
 CÁNDIDO. Bueno, esta voz
 es más sencilla, se entiende;
 pero la otra de “milfó...”

Escena IX

Dichos. LOLA y DOÑA RUPERTA. LOLA seguida de dos CRIADOS que traen una mesa con mantel, platos, vasos, copas de distintas clases. En seguida DOÑA RUPERTA, cargando también algunos trastos.

LOLA. Aquí está ya.

CARLOS. Por aquí.

(Colocan la mesa.)

Bien, a sentarse. Esta silla

(a cabecera derecha.)

es del señor Mirafuentes.

1340

[Refiriéndose a la SEÑORA MIRAFUENTES]

La niña... ésta es la mía

(Ídem a su derecha.)

Tú acá.

LOLA. ¿Junto a Pancho Lira?

CARLOS. Sí, es natural [que] en la mesa

se procure que juntitas

estén algunas personas.

Los jóvenes con las niñas...

Los papás con los papás,

y así cada uno platica

más a gusto; usted mamá,

tome el cuchillo y divida.

1350

RUPERTA. Pero ¿qué?

CARLOS. Es un *quid pro quo*.

RUPERTA. ¡Ah! sí, en caldillo de harina.

CÁNDIDO. No mujer, una verbigracia.

RUPERTA. ¡Ah!, pensé que "*quid pro quo*"
era así, gallo o gallina.

CARLOS. Se toma así el tenedor,

así el cuchillo, se trincha,

se parte... No abrir los codos

así, se deja enseguida,

se cambia acá el tenedor,

1360

- y entretanto se mastica,
se cambia otra vez, se parte,
se deja, se cambia, arriba
y otra vez. Vamos a ver.
- CÁNDIDO. A ver.
- RUPERTA. Ánimas benditas,
es muy larga la maniobra
yo no la aprendo en mi vida.
- LOLA. No, mamá; míreme usted:
es la cosa más sencilla.
- CARLOS. Alecciona tú a mamá, 1370
yo a papá. No, derecha
la mano.
- CÁNDIDO. Si es muy forzado.
- CARLOS. Eso era en aquellos días
en que no había cultura,
hoy la cosa es muy distinta;
nada es forzado, vea usted:
en un tiempo así se hacía,
al pasar un plato; ahora
se pasa así. Es más bonita
la actitud, más elegante; 1380
el puño de la camisa
se ve con todo y mancuernas;
y, sobre todo, esto indica
que uno sabe lo que trae
entre manos.
- RUPERTA. Las copitas
¿son para el vino?
- CARLOS. No, no.
Vea usted, son todas distintas,
ésta [es] para el burdeos,
para el jerez, y estas chicas
para el licor.
- RUPERTA. ¡Virgen santa! 1390

Es mucho, por más que digan,
el vicio de la embriaguez
está en boga, y ya no atinan
las gentes con tantas copas
de figuras tan distintas.
Cuidado, que en estos tiempos
un libro se necesita
para aprender todo eso;
en mi tiempo se ponían
vasos y copas, y todos
a su gusto se servían,
sin andar con distinciones.
¡Ay!, pero todo varía.
CARLOS. A repetir la lección.
Todos como yo.
(Pausa.)
RUPERTA. Hija mía, ...
no puedo más.
CARLOS. Adelante.
CÁNDIDO. ¿Así está bien?
CARLOS. Más juntitas
las manos; así está bien.

Escena X

Dichos en su sitio y JOSÉ MARÍA entrando.

JOSÉ. Que aproveche.
CÁNDIDO. ¡Ave María!
Mi primo.
JOSÉ. Qué bien lo hacen. 1410
¡Buena salud! ¿Qué haces, prima?
¿Cómo te va de apetito?
RUPERTA. Es un “quid pro quo”.
JOSÉ. Lolita,

¿y Carlos? Ah, buena pieza,
ven acá; si ya te pinta
la barba, ya eres grande, hombre.
¿No me abrazas?
(CARLOS *se separa de la mesa y se acerca a JOSÉ.*)
¿Te resignas?...

Sé que no te ha de gustar
mi modo, porque tú estilas
todo al revés. Vamos, [vamos,] 1420
¿no me ofreces [nada,] niña?

LOLA. Si no es nada, mire usted.
JOSÉ. ¿Cómo! ¿Pues qué? ¿No comían?
CARLOS. Era sólo la lección,
que daba yo a mi familia.
JOSÉ. Lección, ¿de qué, señor sabio?
Diga usted.

CARLOS. De cortesía.
JOSÉ. ¿Y quién te enseñó, pelele,
que de maestro practicas?
CÁNDIDO. Mira, primo, mi hijo Carlos 1430
tiene maneras muy finas.

RUPERTA. Es así por nacimiento.
JOSÉ. ¡Oiga! ¿Por la cortesía?
Maestro de ceremonias,
por vocación te dedicas.
[A LOLA.]

Y tú, ¿qué sabes hacer?,
¿sabes remendar camisas?
LOLA. ¡Dios me libre! Es un trabajo
sólo para gentes ínfimas.

JOSÉ. Sí, es denigrante, muchacha. 1440
Para las personas ricas,
labrar, traducir idiomas,
dibujar, economía
doméstica, historia o algo.

LOLA. Nada de eso sé, en cocina
es otra cosa.

JOSÉ. ¿Te aplicas
hoy al arte culinario?

RUPERTA. ¿Al arte qué?

JOSÉ. De cocina.

RUPERTA. (*Aparte a CÁNDIDO.*)
¿Está bien dicho?

CÁNDIDO. No sé.
Sabes que en palabrería
no soy fuerte. 1450

RUPERTA. ¡Culinario!
Señor, ¿qué lengua es la mía?

JOSÉ. ¿Y aprendieron la lección,
Carlitos?

CARLOS. Sí, es tan sencilla...

JOSÉ. Pues deben estar contentos,
que así es mejor la comida.

LOLA. No, no; pero el qué dirán...

JOSÉ. Dirán tanto... que querría
estar sordo. Tú te pierdes.

CARLOS. [*A LOLA.*]
Oye, sal a ver si quitan
esa mesa. [*Bajo.*] Disimula.
(*Sale LOLA.*) 1460

Escena XI

CARLOS, CÁNDIDO y JOSÉ MARÍA.⁹

JOSÉ. Conque primo, va de serio;
tengo que hablarte y ahorita...

CÁNDIDO. Pero oye, primo, es el caso

⁹ No hay acotación indicando en qué momento ha salido DOÑA RUPERTA.

JOSÉ. que esperamos las visitas.
Es que trato de impedir
que vengan.

CÁNDIDO. ¡Ave María!

Escena XII

CARLOS.

CARLOS. Vaya un rancharo pesado.
¿De dónde salió ese tío
que me atosiga, Dios mío, 1470
como un dolor de costado?
¿Qué haré para que se vaya?
¡Vamos, si no es para gentes!
Y ante el señor Mirafuentes,
va a pasarse de la raya.

Escena XIII

CARLOS y LOLA.

LOLA. ¡Carlos, Carlos, yo me aburro!
¡Qué gente, por Dios, qué gente!
La cocinera imprudente...

CARLOS. ¿Qué te ha hecho? Si voy la zurro.

LOLA. Ha sido en vano mi ahínco. 1480
La comida, ¡sea por Dios!,
debía estar a las dos,
y no estará ni a las cinco.

CARLOS. ¡Cómo así!, pues yo la mato,
le doy una garrotiza...

LOLA. Carlos, entonces, ¿quién guisa?
Es funesto ese arrebató,
[t]en calma...

Escena XVI

Se va LOLA y el CRIADO introduce a los otros cuatro criados vestidos de negro con centro blanco y guantes de hilo. Sale DOÑA RUPERTA y desde la puerta hace a los criados algunas reverencias. Después se acerca a ellos y hace la señal estudiada para que tomen asiento. Los criados se sientan.

RUPERTA. Señores, siéntense ustedes.

UN CRIADO. Señora...

RUPERTA. Pero sentaos,
no se molesten ustedes,
yo voy a avisarle a Cándido,
ustedes lo disimulen,
que aquí se ha estado esperando;
pero, vamos, caballeros
no permanezcan parados.
(*Se sientan.*)

[*Aparte.*]

No me han ofrecido asiento,
no han hecho así [*hace la seña*], será acaso 1520
porque son cortos... yo debo
sentarme y complimentarlos.
(*Se sienta.*)

Escena XVII

Dichos y CARLOS.

CARLOS. ¿Qué es esto? ¿Qué hacen ustedes?
No me gusta que sean llanos
los que me sirven, parece
que ellos son los convidados.
¿Pero usted qué hace, mamá?

RUPERTA. (*Parándose.*)
Pues yo... pues... complimentarlos.

CARLOS. Hoy todo sale al revés
me están llevando los diablos... 1530
Pero, mamá..., mire usted,
creo que la están llamando,
vaya usted, porque si no,
no respondo de lo que hago.
[Sale RUPERTA.]

Escena XVIII

Dichos, menos RUPERTA.

CARLOS. ¿Los remite Coquelet?
UN CRIADO. Sí, señor, si nos sentamos
es porque...
CARLOS. Ya sé por qué.
Mi mamá no ve muy claro.
Conque tú pones cubiertos;
y tú te llevas los platos; 1540
tú te encargarás del vino,
ya sabes, ir destapando.
¿Conoces ya bien las copas?
Vino tibio y vino helado,
todo a su hora como en Tívoli,
todo muy pronto y cuidado.
[Salen los criados.]

Escena XIX

*Al salir los criados entra CÁNDIDO, quien al hacer una reverencia se ende-
reza bruscamente a la voz de CARLOS.*

CÁNDIDO. Señores...
(*Inclinándose.*)
CARLOS. Qué señores,

- de ustedes en esta ocasión
alcanza hasta disculparnos.
Cuando se pone una casa
y son nuevos los criados,
se nota cierta torpeza...
En fin...
- MIRAFUENTES. ¡Oh!, señor don Carlos,
de usted es la bondad
que [se] ha servido invitarnos.
- SEÑORA. Ciertamente.
- CARLOS. Muchas gracias.
Permítanme ustedes. 1580
Es mucho, mucho el honor
que hoy nos están dispensando.
(*Toca la campanita, sale el CRIADO.*)
Avisa a [mi] mamá
y a Lola que hay visita.
(*Atraviesa el CRIADO la escena.*)
¿Qué tal vamos de negocios?
- MIRAFUENTES. Así, así...
- CÁNDIDO. (Hace tiempo
que yo no hablo.)
(*A la señora.*)
Y de frío ¿cómo vamos?
- SEÑORA. Hace días que no ha helado.
¿Consulta usted el termómetro? 1590
- CÁNDIDO. El ter..., sí, señora.
- SEÑORA. Y ¿cuántos
grados...?
- CÁNDIDO. ¿Grados, dice usted?
Pues, así, así, como cuatro.
- MIRAFUENTES. ¿Qué dice usted?
- CARLOS. No, papá.
Se ha de haber equivocado.
Los números del termómetro

están un poco borrados.

MIRAFUENTES. Ya se ve, es frío de polo.

CÁNDIDO. Polo, sí, por descontado.
Eso es, yo lo conozco, 1600
un señor que hace retratos.

CARLOS. No, papá; si habla el señor
de otra cosa.

SEÑORA. (A MIRAFUENTES.)
Este don Cándido,
tiene sus equivoquillos,
juega al retruécano.

MIRAFUENTES. Es claro.

CÁNDIDO. No, señor, yo nunca juego.
Yo no sé ni el entripado.

CARLOS. (Tosiendo ligeramente.)
Y... usted señalará el día
para que todos vayamos
a Tacubaya, es preciso; 1610
hoy una casa de campo
es lo más indispensable
porque el aire es tan malsano
en la capital, y aún más
cuando uno está acostumbrado...

Escena XXI

Dichos, RUPERTA y LOLA.

RUPERTA. (Sin acordarse de la caravana y abrazándola.)
¿Qué hace usted, mi alma?

SEÑORA. Señora...,
¿cómo está usted?

RUPERTA. Yo, pasando...

SEÑORA. (A LOLA.)
Señorita...

prohibida a la que llamamos
estatutos.

SEÑORA. No sabía.

MIRAFUENTES. (*Dirigiéndose a don CÁNDIDO.*)
¿Y la hacienda es de ganados
de esquilmos? ¿Se da buen trigo?
¿Es de riego?

CÁNDIDO. No, de Ocampo.

MIRAFUENTES. Ya lo sé, pero ¿es de riego? 1650

CÁNDIDO. No señor, es mía.

CARLOS. Es el caso,
señor, que se llama Riego
el que tenía los pastos.

MIRAFUENTES. ¡Ah! ¿Y cuántas caballerías?

CÁNDIDO. No señor, nunca han pasado
caballerías, sólo infantes.

MIRAFUENTES. ¿Cuántas fanegas?

CARLOS. Contamos
ciento treinta y siete mil...

MIRAFUENTES. ¡Ah! Sí, sí, el mundo es ancho.

CARLOS. (Dije una barbaridad,
pero adelante y triunfamos.) 1660

SEÑORA. ¿Qué opina usted de la Alba?
¿Qué bien canta!

RUPERTA. Yo a las cuatro
me levanto siempre, y la oigo
todos los tiempos.

SEÑORA. El teatro
ha estado muy concurrido.

RUPERTA. Pero es tan ocasionado.

MIRAFUENTES. [*A CÁNDIDO.*]
¿Le traen a usted *La Estafete*?

CÁNDIDO. Todos los días la comemos,
somos muy aficionados
a las legumbres. 1670

CARLOS. Papá,
el señor habla del diario.
CÁNDIDO. ¡Ah!, sí, mi mujer lo tiene
en su ropero guardado.
MIRAFUENTES. Eso es. [Lo entiendo].
CARLOS. (Vamos,
que esto ya me desespera,
me están llevando los diablos.)

Escena XXII

Dichos y PANCHO LIRA.

PANCHO. Señores, su servidor,
según lo que estoy notando,
llego a los postres muy bien. 1680
¿Cómo le va, señor Cándido?
¿Qué tal?... [...A MIRAFUENTES] ¿Y usted?
MIRAFUENTES. Muy bien.
PANCHO. Señorita, Carlos...
CARLOS. Pancho...
PANCHO. [A LOLA.]
¿Leyó usted mi carta?
LOLA. (A media voz.)
¡Chit!
Lo están oyendo.
PANCHO. ¡Qué diablo!
No tiene ningún misterio.
(Creerá que es de amor.)
[A LOLA.]
Diga usted, ¿la leyó?
LOLA. He estado tan ocupada.
PANCHO. Vea usted, en ella le hablo 1690
de una cosa muy sencilla.
Quería yo que un muchacho

amigo mío, que hace versos,
hiciera para usted algo,
y escribió a usted una esquila
pidiendo su álbum.

- LOLA. (Qué chasco.)
No había podido leerla,
es verdad... allá lo mando.
- PANCHO. Yo tengo mucho quehacer.
(*Se para.*)
- CARLOS. ¿Te vas?
- PANCHO. Sí, tengo a las cuatro 1700
una cita, ya tú sabes...
CÁNDIDO. Siéntese usted otro rato.
PANCHO. De todo punto imposible;
otra vez seré más largo,
vendreé esta noche.
(*Tomando su sombrero.*)
Conque,
señores, hasta otro rato.
[*Sale PANCHO.*]
- SEÑORA. Sí, disimúlenlo ustedes
porque está tan ocupado...
- MIRAFUENTES. ¡Está de novio!
- CARLOS. ¡Eso es!
- CÁNDIDO. ¿Cómo?
- MIRAFUENTES. Sí, ya está presentado. 1710
- LOLA. ¡Oh!
- CARLOS. ¡Sí!
- CÁNDIDO. Conque...
- RUPERTA. Ya sabía...
- MIRAFUENTES. Y la novia es un dechado
de perfecciones.
- CÁNDIDO. No...
- RUPERTA. Sí...
- MIRAFUENTES. ¿No es verdad?, su prima Amparo...

CARLOS. ¡Uf!
LOLA. Pues yo me alegro mucho.
CARLOS. Yo también. (Como el ahorcado.)

Escena XXIII

Dichos. JOSÉ MARÍA aparece por el fondo y se coloca en observación.

CÁNDIDO. Conque decididamente
compro la casa, ¿no Carlos?

CARLOS. ¡Ah!, sí, papá, por supuesto;
porque ya viene el verano, 1720
y es cosa de muy mal gusto,
no trasladarse uno al campo.
En París así se hace;
y como estamos montados
a la francesa...

MIRAFUENTES. Sí, sí...

CARLOS. Pero son las tres y cuarto.
¡Oh!, disimulen ustedes
que haya habido este retardo
por hoy; nuestro cocinero
quiso echar el resto, ha dado 1730
en que no ha de prescindir
de poner hígados grasos.

CÁNDIDO. Hígados...

CARLOS. Ve a usted, papá...
(¡Ah!, por Dios, mucho cuidado.)
En París, allí se come
muy bien, cogen muchos gansos.

CÁNDIDO. Y ¿qué animales son éstos?

CARLOS. Así como nuestros patos;
sino que ahí son mejores,
se entiende, todo es mejor allí. 1740
Pues los tales pájaros

son colgados de las alas,
 como los ajusticiados;
 se les arrancan los ojos
 y se les harta. Los gansos
 engordan horriblemente
 y se hipertrofian. Entonces
 se les abre con cuidado
 y se les arranca el hígado,
 que es el más rico regalo. 1750

RUPERTA. Qué invenciones de los hombres,
 ¡pero eso ha de ser pecado!

MIRAFUENTES. Se ha adelantado bastante
 en el arte culinario.

RUPERTA. (Qué tal; eso no es muy bueno,
 le preguntaré a fray Pablo.)

Escena XXIV

Dichos y un CRIADO.

CRIADO. (A CARLOS.)
 ¡Señor, señor!...

CARLOS. ¿Qué se ofrece?
 ¿Ya está la sopa? Señores,
 cuando ustedes...

CRIADO. No señor,
 dispense usted.

CARLOS. (¿Pues qué, entonces?) 1760

CRIADO. ¡Venga usted pronto, señor!

CARLOS. Estos criados son atroces.
 [Sale.]

Escena XXV

El SEÑOR MIRAFUENTES, LOLA, RUPERTA, DON CÁNDIDO y JOSÉ MARÍA en su puesto.

JOSÉ. (Ya me tienen en un brete
con tanta brutalidad.)

SEÑORA. Y a los bailes de palacio,
¿han ido ustedes?

LOLA. Mamá
no ha querido, yo sí estuve,
bailé con un general.

MIRAFUENTES. No he visto a usted en la lonja.

CÁNDIDO. No, señor... (Lonja... ¿qué será? 1770
No ha de ser jamón.) No,
yo no he ido jamás.

(Se oye un gran ruido de trastos y de voces confusas. Todos se paran asustados.)

¡La vajilla!

RUPERTA. ¡Ave María!

LOLA. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué será?
Ya esas gentes se pelearon
y adiós comida, papá.
Voy a ver.
(Sigue el murmullo.)

CÁNDIDO. No, son los criados.

RUPERTA. Sigue la bulla...

CÁNDIDO. Ya, ya...

SEÑORA. ¿No será alguna desgracia?

CÁNDIDO. ¿Desgracia, señora? ¡Quia! 1780
No, no tenga usted cuidado.

Escena XXVI

Dichos, y CARLOS y CRIADOS por el fondo.

UNO. ¡Nos vamos todos!

RUPERTA. ¡Ay, ay!...

- OTRO. Voy por el diurno y verán.
- CARLOS. ¡Silencio! ¡O mataré a todos!
- LOLA. ¡Carlos! ¡Por Dios, no! ¡Papá!
- CÁNDIDO. ¿Qué es esto?
- CARLOS. Que esta canalla...
- CÁNDIDO. ¡Calma, calma!
- CARLOS. ...es infernal.
- CRIADOS. Sí, pero no somos negros,
y ¡viva la libertad!
- OTRO. Se conoce que estos rotos 1790
nunca han sabido mandar.
- CARLOS. ¡Fuera, fuera, estos bandidos...!
- (JOSÉ MARÍA, *que se ha adelantado al proscenio, mientras los demás han
acudido a la puerta del fondo.*)
- JOSÉ. ¡Me alegro!, que así sabrán
que no puede sostenerse
otra posición social
que en la que uno ha nacido.
Y ya voy yo, y ya verán.
- (*Se ve pasar por el fondo a varios CRIADOS y otros vuelven a escena.*)
- Señora, a los pies de usted.
Señor primito, ¿qué tal?
¿Qué hay, Carlitos? Esto así 1800
es un fiasco, ¿no es verdad?
El señor Mirafuentes,
que es persona muy formal,
como abogado de usted
con gusto me aceptará.
A nombre de esta familia
que ha nacido para errar,
le pido yo mil perdones
y le suplico, además
que escuche usted un instante. 1810
- MIRAFUENTES. Señor, puede usted mandar.
- JOSÉ. ¿Conque soy apoderado

- de ustedes?
- LOLA. Sí, sí, papá,
que ninguno de nosotros
puede ni siquiera hablar.
- JOSÉ. A Carlos no le parece;
muy bien, se va a disculpar.
A ver, habla tú, discúlpate.
- CARLOS. Yo... sí... como... en fin...
- JOSÉ. Ya, ya,
estás vencido. Tú, Lola, 1820
di algo, que extrañarán
estos señores, que yo,
a quien no han visto jamás,
sea el que tome la palabra,
y no quisiera pasar
por intruso.
- LOLA. No, no, tío.
- JOSÉ. (Ya soy su tío.) ¿Conque te das
ya también por vencida?
- LOLA. Quién no se ha de avergonzar.
- JOSÉ. ¿Conque tengo facultades 1830
amplísimas?
- LOLA. Sí, papá.
- CÁNDIDO. Eso es.
- JOSÉ. Y lo que yo haga
¿por bien hecho se dará?
- RUPERTA. Por supuesto.
- JOSÉ. Pues chitón,
y que me dejen hablar.
[Bien,] señor de Mirafuentes,
Cándido no comprará
la casa de Tacubaya.
- CARLOS. Pero...
- JOSÉ. Silencio que ya
ha hecho usted dimisión. 1840

Y tampoco cooperará
Ruperta en la conferencia
con esa suma mensual.
Ésta es la primera parte
porque es lo más principal.
Usted que es hombre de mundo,
persona de sociedad,
acostumbrado a ser rico
y a más de eso, perspicaz,
habrá visto en esta casa 1850
una comedia nomás;
en que estos pobres actores
no saben por dónde van.
Que el papel de gran señor
en este mundo falaz,
nunca lo puede hacer bien
el que no lo fue jamás.
Lo que se hereda y se mama
es tan sólo la verdad.
Y no se aprende a ser culto, 1860
por el buen corte de un frac.
Dicen que todo el dinero
en este mundo nos da,
que el dinero es rey del mundo...
sí, pero rey liberal.
Deja a cada uno que goce;
pero si quiere gozar
fuera de la ley alguno,
bien caro lo ha de pagar.
El oro da brillo al grande, 1870
pero al pobre sólo pan;
gozar como el potentado
no ha de poder el jayán,
aunque tenga más dinero,
porque le falta algo más.

Si quieres brillar, Carlitos,
bueno, bien puedes brillar,
que todavía eres joven
para ponerte a estudiar.
Ennoblécete a ti mismo. 1890
Mira, aquí en la frente está
el valor de cada hombre;
esta corona ideal
que el hombre ciñe, es la única
que al mundo subyugará.
¿Tienes ambición? Pues busca
la luz y te alumbrará,
y no tengas como timbres
elegancia y fatuidad.
De nada te sirve el oro, 1900
si humo tienes nada más
en la cabeza; llénala
de saber, de luz, y entonces
el oro te buscarás.
Primo, es poco lo que tienes;
siempre has sido pobre, y ya
que en tu tranquila vejez
Dios te deja descansar,
asegura tu dinero,
vive con comodidades... 1910
y pon a escoger a Carlos:
o estudio o mendicidad.
CÁNDIDO. ¡Ah!, tienes mucha razón.
RUPERTA. Tengo ganas de llorar...
Sí, Pepe ha hablado muy bien.
LOLA. Si no parece jayán.
JOSÉ. Conque, perdonen ustedes;
pero, señor, vale más
hablar así, que ponerse
en ridículo.

CÁNDIDO.	Cabal.	1920
JOSÉ.	Ese furor de los jóvenes que tratan de figurar, creyendo que sólo el oro en el mundo ha de brillar, los arrastra a la ignorancia y al desprecio universal. Conque... al colegio, Carlitos, a ser hombre muy cabal y llegarás a reírte de los elegantes.	
CÁNDIDO.	¡Bah!	1930
	Si yo le he dicho siempre, estudia latinidad.	
RUPERTA.	¿Qué dirán estos señores?	
CÁNDIDO.	Sí, Ruperta, ¿qué dirán?	
MIRAFUENTES.	No, no hay que mortificarse otra vez...	
RUPERTA.	¡Lance fatal! Oye, ¿y toda la vajilla se quebró?	
CARLOS.	Toda, mamá; pero no es eso lo peor. La comida está infernal, no está presentable, ¡vamos!	1940
	Dice Pablo que no hay más que mole de guajolote.	
RUPERTA.	Lo comeremos con pan, es más decente.	
CARLOS.	No, no. No hay trufas ni volován y dijo la cocinera en un tono muy formal, que era todo a la francesa, y ya se ve... La verdad,	

estoy muy avergonzado,
pero el cocinero... ya...
si con toda esta canalla...
1950

JOSÉ. Silencio, enmienda y callar.
MIRAFUENTES. Nos vamos.

JOSÉ. Sólo un momento.
Ya ustedes han perdonado
y estas gentes han quedado
escarmentadas del cuento.
Pero en cuanto a mi persona
necesito otros favores;
con su permiso, señores
1960
mi incapacidad me abona,
yo soy así... de Irapuato...
ranchero... En la capital
todo me parece mal,
y es porque no tengo trato;
pero quiero a mis parientes,
y los quiero así, a mi modo,
así es que no apruebo todo
lo que hacen aquí las gentes.
Mi padre allá me enseñó,
1970
que natural y figura...
pues... hasta la sepultura,
y de aquí no paso yo.
Y pues que siempre así fui
y siempre como hoy seré...
la verdad pura diré
como yo la concebí.
Si somos republicanos
y a nuestra patria queremos,
hermanos, nunca olvidemos,
1980
que nacimos mexicanos.

FIN

